casos— han demostrado que tiene ella firme, preciso y claro fundamento en el racionalismo tomista y también en el idealismo platónico, fuera de haber recibido otras influencias de origen oriental. Y no podría ser de otro modo: ni el alto lirismo de San Juan ni el de Fray Luis podrían surgir a la vida inmortal sin esos antecedentes!

Original es hasta cierto punto el autor en su análisis de la literatura religiosa santaferña, rica en "opúsculos sagrados que corrieron en manos de los primeros pobladores", aunque en general de "mero cariz moralizante, de simple aliento devoto" y de escasa y genuina novedad. Con todo, se hace mención en esta obra del fraile Andrés de San Nicolás y del doctor Juan Bautista de Toro, nacido aquél en 1617, y notable por sus "altas intenciones místicas" y por el carácter "doctrinal y teológico de sus tratados" —que son muchos— y éste, nacido en 1730?, autor que profesó "maneras literarias muy remotas de todo alambicamiento y artificio, y muy ajustadas a la sencillez y propiedad idiomáticas" —cosa rara en aquellos tiempos de locura conceptista y culterana— y que dejó entre los bogotanos tan amable memoria por su grande amor a los indígenas.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

Romancero de la conquista y la colonia, ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.—Bogotá, Litografía Colombia, 1938. 92 pp.

Reunidos en un volumen profusamente ilustrado con interesantes litografías del joven artista don Sergio Trujillo Magnenat, hallanse en este libro trece romances históricos —seis en el "Romancero de la Conquista", y siete en el "Romancero de la Colonia"—, junto con veinticuatro poesías más —sonetos principalmente—, que el autor había publicado en su admirada *Antología poética* (1932), y que se refieren a temas relacionados con la historia colonial de Colombia.

Convencido Arciniegas de que "los romances históricos que se han publicado en Hispano América" tienen el inconveniente de que sus autores, "en la mayoría de los casos, trasladan a octosílabos, casi literalmente, los relatos de historiadores o cronistas", ha hecho en su romancero un notable esfuerzo por "hermanar" los viejos relatos con el "lenguaje poético", llenando con "sugestiones de la fantasía" las lagunas encontradas en aquéllos, sin "adulterar en lo más mínimo la historia nacional" y con el loable deseo de

ofrendarle un homenaje de cariño a Bogotá, en su cuarto centenario.

El *Romancero de la conquista y la colonia* corresponde a los deseos y propósitos del autor, y encierra la última producción poética del famoso escritor santandereano, muerto hace poco y después de haberles dado valor y lustre a las letras patrias, ora como versificador de finas ejecutorias, ora como periodista de alto vuelo y de influencia decisiva en Colombia.

En el "Romancero de la Conquista", Arciniegas no se contenta con narrar la empresa conquistadora que dirigió el Adelantado Jiménez de Quesada, la fundación de Santa Fe de Bogotá y la resistencia heroica que a sus huestes ofrecieron los indios *panches* y los *guanés*, ni se contenta con describir el ambiente —valle del Magdalena y altiplanos andinos—, sino que va más lejos: con fina intuición de artista y severidad de sociólogo, Arciniegas va apuntando en sus romances los rastros salientes de conquistadores y de indios, y señalando las características esenciales de los hechos históricos, ora en su aspecto material, económico, ora en su aspecto vital, espiritual; y, aun a riesgo de pecar, deja a veces de ser "objetivo" e introduce elementos de brillante lirismo personal en la épica narración.

Arciniegas no es parcial. Descendiente de españoles y de indios, él ve, impasible unas veces, orgulloso otras, no sólo las luces sino también las sombras que le dan realce y fuerza al legendario cuadro de la Conquista. Y por eso, en su romancero, desfilan las figuras de soldados codiciosos y violentos, junto a las figuras de misioneros animados de altos ideales, y se ven las siluetas de los *chibchas* apocados y sumisos junto a las de *guanés* y de *panches* orgullosos, atrevidos y valientes.

En el "Romancero de la Colonia" el tono no es tan dramático y movido como en el de la Conquista. El poeta, a pesar de tener más de setenta años cuando lo escribió, reconstruye en él los temas de romántica leyenda que tanto aman los colombianos. Allí aparece la Colonia, con sus caballeros y sus damas galantes, sus oidores y letrados buscapleitos y chismosos, sus frailes bonachones, sus mitrados puntillosos, y sus diversiones sociales, saraos, carreras de caballos, besamanos y demás, y, dándole esmalte de amortiguadas luces y aroma de gratisimo recuerdo, aparecen allí también los amores del Virrey don José Solís Folch de Cardona —flor de marchita aristocracia pecadora y de tardío arrepentimiento— con la novicia de un convento, la linda doña María Lugarda Ospina, "La Marichuela" —"sonrisa clara"... "cantar y són de vihuelas y alegría en el silencio de la paz santafereña"—.

El apéndice del libro lo constituyen, como dijimos antes, veinticuatro poesías entre las cuales sonetos hay que pueden figurar en la más rigurosa

de las antologías, no ya colombianas, sino españolas. El maestro Arciniegas, como le llamaron siempre sus muchos amigos y admiradores, fué en los comienzos de su carrera literaria un poeta de inspiración becqueriana, delicado, romántico y exquisitamente sentimental, y a veces amigo de los temas exóticos... Entrado en madurez, después de haber estado en contacto con las letras universales y de haber pasado algunos años fuera de su patria, el maestro volvió los ojos al paisaje y a la historia colombianos, aquilató los materiales expresivos de su arte, logró un perfecto dominio de todos sus recursos, y logró crear obras que, si no revelan soberana inspiración, encarnan sí alto valor literario, permanente y admirable.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

Nuevo descubrimiento de Guayaquil, ANGEL ROMEO CASTILLO.—Quito, Editorial Atahualpa, 1938. 73 pp.

El "primer romancero guayaquileño", de Angel Romeo Castillo, contiene sólo quince romances, de corte clásico: quince urnas preciosas bien talladas, llenas de inefable esencia poética... Un aroma gratísimo, de recóndita y aquilatada nostalgia, en ellas se percibe: se diría que el poeta, que "nació con destino marineró" y conoce como pocos "el lenguaje de pañuelos—agitándose en los muelles—sacudiendo el aire, trémulos", logró en largas ausencias de la patria purificar y ennoblecer su amor por ella, para vestirlo luego en formas poemáticas de rancia estirpe y de novísimo colorido. En sus romances hay dejos ancestrales —españolísimos—, y también pinceladas garcialorcanas suavizadas por la ternura indígena...

Romeo Castillo, muy joven todavía, salió un día de su Guayaquil nativo y se dirigió a la Capital de las Españas en busca de materiales inéditos para escribir —como escribió— su famoso documento historiográfico *Los gobernadores del Guayaquil del siglo XVIII*. Mucho tiempo pasó en los archivos de Madrid, siguiendo "en códices amarillos y pergaminos añejos" las huellas de sus antepasados peninsulares y las de su querida ciudad, hasta lograr "descubrirla" ciertamente, "una tarde entre penumbras—de ausencias y de recuerdos". El descubrimiento lo dejó como dormido de evocación y respeto, hasta que "una ternura prensada—quién sabe por cuánto tiempo—¡quién sabe por cuántos siglos!" se le desbordó de adentro, humedeciéndole las pupilas e inundándolo de suavidad: